

DEBATE







IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

DEBATE

.....
Rafael Montesinos, *El mito del amor y la crisis de pareja*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 2010, 101 pp., ISBN 978-607-477-276-0
.....

Primer enfoque

POR SILVESTRE MANUEL HERNANDEZ
UAM Unidad Iztapalapa
silmanhermor@hotmail.com

L'amour est-il une exception, la seule, mais de première grandeur, à la loi de la domination masculine, une mise en suspens de la violence symbolique, ou la forme suprême, parce que la plus subtile, la plus invisible, de cette violence?

Pierre Bourdieu, *La domination masculine*

El amor, en cuanto categoría de análisis que ha movido al ser humano a la búsqueda y realización de un deseo, encuentra su primera “sistematización discursiva” en el pensamiento de Platón. En *El banquete* se dialoga acerca del amor, se elogia al dios Eros y la relación de éste con la filosofía. En tal ensayo, el amor aparece como un echar de menos, un buscar lo que no se tiene. Por su parte, el amante, el *erastés*, pelea por lo que le falta, principalmente la belleza. Así, el “amor” deviene “concepto sublimado” para entrar al *mundo de las ideas* platónico. Sin embargo, conforme se da el acaecimiento del ser

FECHA DE RECEPCIÓN 10/09/10, FECHA DE ACEPTACIÓN 28/02/11

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
NÚM. 70 • AÑO 32 • ENERO-JUNIO DE 2011 • PP. 227-242

humano y la cultura, el amor adquiere nuevos *sentidos y referentes*: el amor a Dios, el amor místico, el amor a los ideales del hombre, el amor enfermizo donde está de por medio la vida misma, el amor formulado como exaltación de la libido inhibida, el amor en cuanto “mito” y componente de un lenguaje materializado en las acciones de los individuos y en los referentes que denotan el comportamiento de un sujeto a otro(a).

La última acepción tiene cabida en el concepto que se tiene del mito en la teoría sociológica, de Frazer y Malinowski a nuestros días, sin olvidar el aporte estructuralista de Lévi-Strauss, desde la antropología. Vertientes donde lo que importa es precisar la función que cumple el mito en la sociedad, ya sea desde las unidades constituyentes, como todo lenguaje, identificadas y relacionadas con una amplia gama de significados, o desde la función que puede ser aclarada y descrita a partir de hechos observables. Así, el amor, como mito que ha movido buena parte del engranaje social, es “bajado del ideal” y puesto al lado de los elementos que posibilitan y dificultan las relaciones intersubjetivas.

En este sentido, el libro de Rafael Montesinos, *El mito del amor y la crisis de pareja*, traza una línea de investigación clara: desidealizar el término amor; verlo como un componente más de las partículas discursivas que modelan a los seres humanos, pensar en el amor en su aspecto más palpable, desde un punto de vista antrosociológico con perspectiva de género: la pareja, y cavilar sobre *por qué* en ella se da una “crisis”, un rompimiento o el “fin del amor”.

Por ello, el autor inicia con una postura general, *por qué* hablar del amor cuando éste parece ser el elemento más común en la condición humana, y cuando la literatura y el cine lo han abordado desde distintos enfoques, en la mayoría de los casos idealizado. Él mismo sintetiza: “El amor es una gran imagen que motiva nuestras vidas, es parte de nuestro aprendizaje humano y social. El amor se vuelve la idea central del deber ser, un símbolo esencial de la vida, el móvil que justifica nuestra existencia” (pp. 7-8). Y, desde este plano, desciende a la realidad, a la convivencia de los individuos en su espacio social, donde perviven las carencias, los miedos y los deseos, en conjunción con factores limitantes, personales y colectivos, lo que lo lleva a “reflexionar acerca del amor, el desamor y los miedos implícitos en las relaciones de pareja” (p. 9). Lo cual supone diferenciar entre la idealización del amor y sus realidades cotidianas, al tiempo de ponderar su reproducción y las causas de su agotamiento. Esto, como procedimiento, tiene un sustento etnográfico a través de los testimonios de hombres y mujeres que han experimentado los avatares del amor.

El punto de partida del proyecto es el amor “entendido como un sentimiento que nos hace valorar la presencia de nuestro ser amado(a)” (p. 11), pero también es un valor apprehendido en el proceso de socialización. Por ejemplo el amor fraternal, aquel al que se predispone el individuo en su incorporación a la vida comunitaria, hecho que ayuda a reconocer que: “cada ser humano tiene una forma particular de pensar el amor, de sentirlo, independientemente de que podamos explicarlo con cierto grado de racionalidad,

o al menos claridad” (p. 13). Esto obedece a la historia personal y a los agentes externos en pugna; así, el entorno social es determinante en lo que se piensa, se quiere y se siente.¹

De lo anterior, es necesario considerar que: 1) se nace dentro de una sociedad, se es producto de una cultura; la personalidad se determina en el proceso de socialización, así como la idea del mundo y la noción del amor; 2) al ser la percepción algo subjetivo, difiere de la realidad y marca distancia con *el(la) otro(a)* respecto de las relaciones, del *deber ser* y del *amor*, y 3) hay que “desaprender a amar, de la forma como lo hacemos hasta ahora. O aprender a amar trascendiendo nuestros complejos y considerando que nuestra personalidad, es decir, nuestros valores, formas de pensar y conductas, pueden ser lesivos para las personas que amamos” (p. 18).

Estos puntos anidan algo básico en las relaciones sociales: el conflicto. Sí, el amor no sólo existe en cuanto idealización, armonía o sublimación de un sentir o desear, sino también como trasfondo del rechazo, la infidelidad, la desavenencia o el *desamor*. Caracteres que permiten construir la tesis del libro: el amor es un sentimiento social y culturalmente aprehendido, que se expresa en el ámbito fraternal y en los vínculos ajenos al núcleo familiar. Como cualquier relación social, denota un lazo de poder entre hombres y mujeres, intelección apoyada en dos hipótesis: *a)* el cambio cultural genérico se engendró con el arribo de las mujeres al mercado de trabajo, lo que se tradujo en el acceso al poder y en un giro respecto de la concepción de sí mismas, de su proyecto de vida y de su trato con el otro, y *b)* la “desidealización del amor” se presenta cuando el(la) otro(a) no cumple las expectativas forjadas, ya sea por la incompatibilidad de la imaginación con la realidad, o porque las exigencias materiales y las “luchas de poder” desmascaran el “amor” del hombre hacia la mujer, y al contrario.

De acuerdo con la formulación previa, Montesinos fija los principios rectores de su exposición desde el primer capítulo, “El amor erótico”. Normas desapagadas de un canon teórico, acordes con una postura exploratorio-deductiva. Así, al adentrarse en la dupla amor y poder, el primero queda anulado cuando el desencanto o el conflicto adviene, desmascorando las relaciones sociales, donde lo fundamental “es la posición que cada parte ocupa respecto del poder, pues quien lo posee tiene la posibilidad de imponer su voluntad al otro” (p. 19). Esto se convierte en el modelo representativo de la sociedad patriarcal, en la que la mujer está subordinada al hombre, al ser éste el depositario del poder, el proveedor económico, el “juez” del espacio público. En lo tocante al amor, el autor describe que el enamoramiento supone la aceptación de la voluntad (poder) del(de la)

¹ Las historias de vida tienen un peso relevante en las investigaciones de Montesinos, al ser instrumentos cualitativos que ofrecen una amplia perspectiva de las cuestiones significativas en la vida de los individuos. El autor acepta: “En lo personal, me encuentro en un momento en el que antepongo este tipo de instrumento sobre lo que pueda sugerir la teoría, no importa de dónde venga, estas historias no sólo nos aproximan a una realidad más creíble desde el punto de vista de lo *psicosocial*, sino que nos permiten en muchas ocasiones pasar de esa perspectiva a la *sociogénesis* y viceversa” (Montesinos, 2009: 40).

otro(a); pero también advierte que gracias al cambio cultural y al ascenso de las mujeres al poder, ya no se trata de algo privativo de lo masculino, sino de un fenómeno variable según el poder e intereses en juego.²

De manera conjunta, el amor tiene una importancia especial en tanto define el trato afectivo en la pareja. Mas, en su sentir erótico, trasciende lo corporal, la satisfacción del acto sexual, busca el alma del otro, su esencia: "con el amor erótico damos un significado a la persona amada que resulta vital para nuestra existencia, *sin esa persona la vida pierde su razón de ser*" (p. 24). Empero, el amor erótico puede convertirse en obsesión, en simple posesión del objeto amoroso, en extravío de la voluntad y la autoestima, en la muerte simbólica de la persona. Hecho interpretado como una enemistad con la razón, cuyo producto es la vulnerabilidad del enamorado ante el otro. De tal modo, lo que se está dispuesto a hacer o dejar de hacer por él(ella) "confirma que el amor es una relación social que expone a las partes al poder y voluntad del otro" (p. 26).

A estas vertientes se une la sexualidad, como el otro extremo del trinomio poder-erotismo-sexualidad, que, debido a las exigencias y contradicciones de la vida en sociedad, en cierto momento de la relación de pareja desmitifica el amor y acaba con la relación. Prueba de ello es el privilegio de la sexualidad ante el amor en la sociedad contemporánea. Sobre todo, por verla como una forma de ejercer la libertad en contra de los convencionalismos del pasado, sin darse cuenta de que es otra quimera, un nuevo mito, la contraparte o negación del amor y el erotismo. Por eso, el sexo se encumbra como la concretización del precepto abstracto de la "libertad", y como una de las metamorfosis del poder y el sendero a la monotonía y la eventual crisis.

La segunda parte se titula "Amor, poder y dinero". En ella, el vínculo en común para que cada término adquiera valor es que por lo menos haya una "pareja": es decir, cada palabra necesita de *un otro* para su reconocimiento y puesta en práctica. Esto, visto en el campo social, exige una lectura de los móviles, valores, costumbres, de aquello que define las formas de comportamiento de los individuos. Por lo tanto, cada uno de los conceptos su hunde en ese *orden discursivo y simbólico* desde donde se reproduce la personalidad del sujeto.

Esta referencia es necesaria porque cuando se plantea el peso del amor, del poder y del dinero dentro de la pareja, hay factores psicosociales determinantes para que alguno de ellos predomine. El autor tiene en cuenta que a partir de la fundación de la "sociedad moderna" (patriarcal) se establece una división sexual del trabajo, donde el espacio público, el dinero y el poder corresponden al hombre, mientras lo privado y doméstico, a la mujer. Sin embargo, conforme la mujer asciende a cargos de control y poder, es capaz de independizarse económicamente de su pareja y establecer condiciones de acuerdo con su "proyecto de vida", dando por resultado un cambio cultural donde se

² Una sistematización del significado real del cambio cultural en las identidades femeninas y masculinas, y el rol que ello implica en las interrelaciones sociales, puede verse en Montesinos y Carrillo (2010: 6-13).

forjan nuevas identidades, deberes, relaciones sociales y de pareja; pero también nuevos conflictos, derivados del poder-dinero que se detenta en las distintas interrelaciones. En tal panorama, el amor y la pareja existen en función del poder y el dinero que permitan alimentarlos.

El texto concluye con “La crisis de la pareja”. En esta sección el método cambia; de la antroposociología se pasa a lo psicosocial en su presentación de ensayo casi confesional. Montesinos presupone que “la pareja” se consolida con la familia, la cual “representa una estructura simbólica, un espacio de representación social en el cual se confirman los roles que corresponden a cada género” (p. 71).³ Paradójicamente, los factores que *hacen* a la familia (embarazo, llegada de los hijos, responsabilidades de cada miembro) terminan con el erotismo, sin que esto implique, necesariamente, el fin del amor; dando paso, en el mejor de los casos, al mero ejercicio de la sexualidad.

En este esquema, el amor pasa de lo erótico a lo fraternal, y la crisis que esto acarrea se convierte en el punto nodal para cuestionar los estereotipos sobre el amor y el erotismo que el proceso de socialización ha impuesto al ser humano.⁴ Motivo suficiente para “desmitificar el término amor” y el “deber ser” de cada integrante de la pareja y su función en ella.

Ahora bien, una de las causas de la crisis de pareja es la infidelidad, debida a varias razones. Empero, ella puede ser la flama que aliente, una vez más, el amor erótico, lo instintivo del ser humano, sus necesidades y miedos, dado que “es el fantasma que combaten las sociedades monogámicas, pues esa realidad humana representa la transgresión del orden establecido, se convierte en el demonio que descubre la inseguridad y los deseos que todo hombre y mujer intentan ocultar o, cuando menos, intentan controlar” (p. 90).

No obstante, la cotidianidad de la vida en pareja, la rutina, la pérdida del erotismo y el *deber-para-los-otros* (hijos) son caminos que pueden llevar a la ruptura. Así, el amor pierde su estatus, deviene quimera, la realidad se impone y los individuos experimentan desequilibrios emocionales: la pasión se aleja, el *sentido* de la vida se esfuma; algo que justifique el *estar-en-el-mundo* queda abierto. Tal vez sólo reste reconocer lo que *se es* y lo que *se quiere*, ya que “al valorar nuestra existencia estaremos en condiciones de rescatar

³ En todo el libro, el autor se ocupa del modelo tradicional de pareja, la heterosexual; pero ¿qué pasa con “el amor” en otros nexos afectivos, como el lesbianismo o la homosexualidad?, ¿de qué manera se vivencian y razonan los conceptos en discusión?, ¿por qué no incorporar la opinión fundamentada de una persona que asuma una posición feminista o de respeto a la diversidad genérica, sobre el amor, el erotismo, la sexualidad, el significado de la pareja, y contrastarla con los referentes del imaginario colectivo?

⁴ Una de las varias posibilidades del cambio de los arquetipos operantes en la sociedad de corte patriarcal se encuentra en la dilucidación de María Antonia García de León (2010: 18-21), donde remite a la “descolonización del imaginario de género”, una vez conseguida la igualdad social, y aboga porque hombres y mujeres se sacudan el imaginario alienante y disfuncional que todavía existe en algunos ámbitos de acción de los seres humanos.

nuestra relación de la ruptura, pues al recobrar la sensibilidad que nos arrebató la rutina de la vida moderna nos permitirá recobrar la capacidad de amar, de descubrir lo sustancial de nuestra existencia" (p. 93).

Los planteamientos del ensayo *El mito del amor y la crisis de pareja* me inquietan por lo siguiente. Conceptualizar, repensar o argumentar sobre el amor es una especie de conocimiento enraizado en la experiencia intersubjetiva, ya sea mediante el discurso cognitivo del (de la) otro(a) o gracias a la vivencia personal con el (la) otro(a). En ambas vertientes, lo que media es la relación lingüística y simbólica del contexto cultural propio del proceso societal donde *se habla sobre el amor* y la relación de pareja. Por ello, asumir una posición discursiva o vivencial respecto al amor implica una recategorización de aquello que "lo define o describe" en un nivel específico, ya sea en el pensamiento o en la acción individual, pues el término amor engloba y "traduce" buena parte de lo simbólico y lo vivencial.

Al respecto, Montesinos alude al amor como algo constitutivo del ser humano, pero no se ocupa del problema de la "validación discursiva" que tal concepto haya alcanzado en alguna disciplina social o humanística, para de ahí hacer el desglose conceptual o tránsito epistémico al espacio antropológico y psicosocial desde donde se proyectan sus ideas.

Es notoria la falta de definiciones pertinentes (amor, mito, erotismo, sexualidad, pareja, familia) soportadas en un corpus teórico que eleve el rango discursivo, amén de la repetición de percepciones y la carencia de argumentos deducidos de una tesis formal, y no a partir de interpretaciones sobre ciertas constantes que dan por resultado la mitificación del amor y la crisis de pareja.

Por esta razón, parece no haber algún juicio limitativo sobre el amor, pero sí un acotamiento circunstancial cuando se habla de la crisis de pareja, donde pervive la pregunta: ¿se acaba el amor ante las expectativas truncadas?, o ¿el amor es sólo un ideal que la rutina, las exigencias de la vida en común y las luchas de poder develan como algo irrealizable? La respuesta es sí, de acuerdo con lo expuesto en el libro.

Entre tanto, desde un parámetro idealista, el amor aparece como la base "pre-vivencial" de los individuos, es decir, aquella noción que guiará actitudes y comportamientos ante el semejante. Pero el devenir social y el registro etnográfico contradicen lo anterior al mostrar que, si bien hay constantes respecto a la adjetivación y simbolización del amor, la estructura social va configurando ciertos marcos significantes y vivenciales del amor en cuanto ideal y en cuanto posibilidad intersubjetiva. En este sentido, aprehender algo de la noción o la experiencia del amor presupone una contextualización del lugar, figurado y real, desde donde se le da *sentido*; pues, al igual que cualquier otro discurso, es producto de interrelaciones sociales concretas, de "espacios y tiempos" que definen el imaginario cultural desde donde se proyecta el amor. Así, las prácticas comunitarias (cognitivo-simbólicas y personal-materiales) conforman nuestro decir y nombrar las cosas, dan *significado* a nuestros actos y deseos.

Con relación al método, en una parte de la pesquisa el autor recurre a la exploración etnográfica del amor, el erotismo y la sexualidad, para “objetivar” los referentes en algo concreto: la relación amorosa y conflictiva entre los individuos y la posterior crisis de pareja.⁵ En esta fase, presenta una gama de comportamientos que descienden del espacio simbólico del amor a los aspectos conscientes e inconscientes que estructuran el pensamiento cotidiano de hombres y mujeres reflejados entre sí, gracias a los términos antes enunciados. Pero, conviene aclarar, el sentir y el reflexionar están condicionados por disposiciones trascendentes al simple vínculo social, que predispone a los sujetos, desde la infancia, a comportarse de tal o cual manera; es decir, las personas están insertadas en construcciones sociales primarias que diseñan sus esquemas perceptivos y emocionales, donde el trato humano y la concepción del amor son sólo dos instancias del mecanismo que regulará sus vidas.

Con base en ello, el mito del amor aparecería como una superficie de inscripción inacabada, abierta a nuevas apropiaciones, resemantizaciones y lecturas, en el imaginario colectivo que sigue moviendo parte del *sentido* humano. Pero también operaría como principio de reordenamiento de situaciones y vivencias personales y de pareja, donde las estructuras emocionales y prospectivas, de uno mismo y con o para el(la) otro(a), se ven dislocadas por la realidad y, aun así, se busca un reacomodo del amor en eso que el hombre y la mujer quieren y tienen.

Bibliografía

García de León, María Antonia

2010 “Modernas en un mundo patriarcal (sobre los conflictos de género)”, en *El Cotidiano*, núm. 160, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco (UAM-A), México, pp. 15-22.

Montesinos, Rafael

2009 “Violencia doméstica. La historia de Lucy”, en *Topodrilo. Sociedad, Ciencia y Arte*, núm. 10, UAM-Iztapalapa, México, pp. 40-47.

Montesinos, Rafael y Rosalía Carrillo

2010 “Feminidades y masculinidades del cambio cultural de fin y principio de siglo”, en *El Cotidiano*, núm. 160, UAM-A, México, pp. 5-14.

⁵ Las muestras, entrevistas/testimonios, son representativas del sector al que aluden: profesionistas “exitosos” de 34 a 48 años, quienes, por medio de su relato, permiten hacer un recuento de las situaciones que los orillan a perder el ánimo y disposición a la sexualidad, el erotismo, y que los llevan a los quiebres de familia. Pero simplemente son un referente particular y limitado, pues el autor no indaga las mismas variantes en otra clase social.

Segundo enfoque

POR CÁNDIDA ELIZABETH VIVERO MARIN
Centro de Estudios de Género, UdeG
elizabeth_vivero@hotmail.com

Hablar sobre el amor resulta, sin duda, bastante complejo, dado que implica una revisitación distinta y propositiva, pues respecto a él se ha escrito y reflexionado desde épocas remotas y ángulos diversos. Como objeto de estudio, demanda una visión refrescante e innovadora; de lo contrario, se puede caer en lugares comunes en torno al mismo, máxime cuando, además de su tratamiento *per se*, se le vincula directamente con los estudios de género, ya que entraña adentrarse en una relación al parecer inseparable: el amor y la pareja.

El libro de Rafael Montesinos *El mito del amor y la crisis de pareja* resulta atractivo en primera instancia debido a que, de entrada, plantea que el término “amor” es un “mito”, o sea, el mismo título indica que el amor será tratado en su carácter de invención, fantasía e imaginario. La segunda frase nos interpela sobre el conflicto que se suscita tras la idealización de ese sentimiento en una relación de pareja. Por lo tanto, el título señala claramente la postura desde la cual se abordará al amor: una mitificación del amor que no alcanza a dar cuenta de una explicación racional en torno a la relación establecida entre hombres y mujeres. De esta manera, el libro de Montesinos inaugura todo un programa discursivo y conceptual alrededor del tema, que intenta asentarse a lo largo de 97 páginas, divididas en tres capítulos, y que tiene como colofón lo que se denomina “Un intento de conclusión”.

No obstante lo interesante de la propuesta, el libro abre con una breve introducción donde lejos de plantearnos las bases teórico-conceptuales desde las cuales se abordará el asunto, se nos enuncia que no será un tratado erudito, sino más bien una invitación “para reflexionar acerca del amor, el desamor y los miedos implícitos en las relaciones de pareja” (p. 9). El siguiente paso, entonces, es adentrarse al libro en sí mismo, sin andamiajes psicoanalíticos, filosóficos o sociológicos, por lo que pareciera que la intención al escribir el texto parte de una subjetividad del autor que, si bien no demerita la aproximación, contribuye a crear un espacio de indeterminación puesto que la visión se antoja amorfa y hasta cierto punto desestructurada.

De ahí que para el primer capítulo, “El amor erótico”, se deje de lado toda la discusión que se ha formulado sobre el erotismo, el poder y la sexualidad (por lo demás, subtemas por tratar en este apartado). Ciertamente se nos ha comunicado que no estamos ante una obra de erudición, sin embargo, no se definen en ningún momento los términos de erotismo, poder o sexualidad, por lo que no se sabe si el autor se refiere al erotismo desde una postura freudiana, en cuanto a los instintos que se precipitan hacia

la vida o, bien, retroceden (Freud, 1996), o más bien a una interpretación bastante más libre de lo que Jacques Lacan denomina “el objeto a” (1994), o de lo que Julia Kristeva plantea como la pérdida del lenguaje semiótico, que obliga a los sujetos a desear siempre recuperar ese espacio preedípico (2000). Por el contrario, con el término *erotismo* se alude a una definición más llana, que parece utilizarse indistintamente como sinónimo de *amor*, de la cual no sabemos con exactitud la referencia, aunque parece estar implicada en los autores antes mencionados, al señalarse lo siguiente: “referirnos al amor erótico es diferenciar el tipo de sentimiento que en general tenemos respecto a nuestros seres queridos, del sentimiento y atracción que sentimos por una persona que, normalmente, aparece por primera vez en nuestras vidas” (p. 11).

El primer capítulo, por lo tanto, adolece de una postura sólida que nos permita saber con certeza cuál es la noción desde la que el autor concibe la relación de poder, el ejercicio de la sexualidad y las manifestaciones amorosas, pues, salvo por un brevísimo comentario, omite puntualizar si parte de la postura foucaultiana (Foucault, 1996) o de una postura política más a la manera de Thomas Hobbes (1997), por ejemplo. Lo mismo va para el tema de la sexualidad: en ningún instante aclara si parte de una reflexión biológica o de la noción de dispositivo epistémico. Por ello, al final del primer capítulo, al analizar los testimonios recabados por el autor, nos asalta una serie de dudas interpretativas acerca de la conclusión extraída de los mismos, pues, por ejemplo, cuando habla del caso de una mujer de nombre Azucena, el autor cierra el análisis del testimonio con la siguiente frase contundente: “Por lo tanto, pareciera que el desgano con que Azucena considera el ejercicio de la sexualidad de su marido, así como su falta de motivación para realizar el acto amoroso, sugeriría el efecto que las sociedades tradicionales provocan en la sexualidad femenina, en la recreación de su erotismo: la inhibición” (p. 40). Pese a que los datos que se nos ofrecen son escuetos, podemos decir que la reflexión de Montesinos deja de lado toda una valoración mucho más profunda y compleja en torno a las relaciones intergenéricas de poder que se ponen en marcha en cualquier relación de pareja heterosexual.¹

En el segundo capítulo, “Amor, poder y dinero”, tampoco se señala la noción teórica desde la cual se trata el tema. A esta omisión se añade que Montesinos parece basarse en nociones del materialismo histórico para plantear la estrecha relación entre el amor, el dinero y el poder que emana de éste. El punto más grave, a mi parecer, no estriba en una sustentación histórica, que se agradecería en varios momentos, sino en el hecho alarmante de que el autor afirma de manera categórica que: “el nuevo papel económico

¹ Si bien Montesinos aborda sólo este tipo de relaciones, los roles de género tradicionales también pueden ser reproducidos por parejas que sostienen una relación homoafectiva. En este punto, la postura de Montesinos se basa únicamente en la noción de la diferenciación sexual, por lo que no reflexiona en torno a las parejas de homosexuales, lesbianas, transexuales y, en general, de lo que importa a los estudios *queer*.

de la mujer fue el motor del cambio cultural, quizá, me atrevo a sostener, representó un papel más importante que el impacto producido por el movimiento feminista, un movimiento social de liberación de la mujer” (p. 50). Con esta aseveración, Montesinos no sólo desacredita el papel fundamental del movimiento laborista de mediados del siglo XIX y principios del XX que luchó por conseguir mejores condiciones de trabajo y prestaciones laborales para las mujeres obreras, sino que igualmente cancela la lucha de la reivindicación del feminismo marxista y, más aún, ignora por completo los postulados del feminismo negro, que sostiene que el solo hecho de tener un trabajo remunerado no implica en ningún momento un cambio significativo si no trae consigo una transformación real de las estructuras basadas en la desigualdad racial. Desde mi punto de vista, Montesinos parece dotar al dinero de un poder transformador inmediato que dista mucho de garantizar relaciones equitativas tanto en el terreno social como en el amoroso. Tal es el caso de las divisiones de parejas que él mismo establece y que agrupa en tres categorías: *a)* pareja tradicional, *b)* pareja del cambio y *c)* pareja moderna. En ellas, y en las subcategorías que indica para cada una, el dinero, lejos de propiciar el acercamiento afectivo y el entendimiento mutuo, sostiene una forma de dominación que ejerce de manera indistinta el hombre o la mujer en la última categoría. En este punto quisiera también llamar la atención en que, para Montesinos, la mujer sigue siendo la única responsable de equilibrar y propiciar la armonía en la relación cuando ella resulta la más favorecida laboral y, por ende, económicamente, pues el autor subraya: “Situación [de crisis] que dependerá de la capacidad para negociar de la mujer, de ayudar a su pareja a recuperar la seguridad en sí mismo, en demostrar con los actos que a pesar de las diferencias económicas se pueden construir relaciones igualitarias cifradas en el respeto por la persona del otro” (p. 58). Las preguntas que habrán de formularse al autor son las siguientes: ¿acaso en esta relación nuevamente es la mujer la única responsable, y, además, debe asumir la tarea de no hacer “sentir mal” al varón?, ¿no se trata entonces de una relación nueva, basada en el esfuerzo compartido de ambas partes para lograr el equilibrio y la armonía? Sin duda, la postura de Montesinos se constriñe a una visión androcéntrica que otra vez culpa a la mujer de la falta de autoestima del varón.

En el tercer capítulo, “La crisis de la pareja”, el autor se centra en el concepto de familia, el cual, como sucede en los capítulos anteriores, se muestra como algo ambiguo que, no obstante, remite continuamente a la idea tradicional de la familia conformada por hombre-mujer-hijos. Una vez más, sin plantear el enfoque teórico desde el cual discute, Montesinos realiza un somero recorrido por la historia de la familia desde su conformación, al parecer basado en la idea del tabú del incesto desarrollada por Claude Lévi-Strauss (1997), pasando por la noción de Friedrich Engels (1995) de la familia y el nacimiento de la propiedad privada. Si bien Montesinos intenta dar cuenta de este devenir histórico, su interés no es cuestionar la noción de familia, sino sostener que el amor, semejante a un ente biológico, nace, crece, se reproduce y muere. Concepción,

cabe anotar, contradictoria con la que se señala en todo el texto: el amor, en cuanto mito, se encuentra ligado a la socialización y, por ende, a una serie de mecanismos, prácticas y discursos por medio de los cuales se nos enseña y aprendemos a amar y a demostrar nuestra afectividad. De ahí que el hecho de que a estas alturas del libro presente al amor como un ente con características orgánicas y, en consecuencia, “naturales” contradice el principio cultural y social que se mantuvo a lo largo de la exposición. Ahora bien, Montesinos da por sentado una “naturalidad” de los instintos y, aún más, abiertamente subraya la “naturaleza” de ciertas manifestaciones de la subjetividad, con lo cual no es de extrañar que su planteamiento del amor al final se enmarque en lo biológico. Sin embargo, considero que este tratamiento resulta bastante sospechoso puesto que lleva implícito un propósito argumentativo: demostrar que, en efecto, el amor erótico se transforma en amor fraternal con el devenir de la cotidianidad y la rutina en la que cae la pareja con el matrimonio. De tal suerte que Montesinos aboga, o bien por una aceptación de este amor fraternal y su consecuente resignación, o bien por la ruptura y el cambio y por comenzar una nueva vida amorosa al lado de una persona que resulte eróticamente atractiva. El punto perverso de este planteamiento no es avalar científicamente la atracción hacia una persona distinta cada vez que el amor erótico sufre dicha transformación, sino inscribir de manera tajante la infidelidad en la esencia del ser humano: “La infidelidad está inscrita en la esencia de la naturaleza humana pues nos recuerda que somos parte de la especie animal, nos obliga a reconocer nuestros instintos, necesidades, miedos” (p. 90). A partir de este punto el autor dirige su argumentación hacia el miedo como paradigma de la condición humana que nos impide aceptar el cambio; empero, en este argumento existen contradicciones que deconstruyen el andamiaje conceptual sostenido a lo largo de la obra. No se trata sólo de advertir la inconsistencia y la profunda contradicción de una postura que se basa de inicio en la socialización y en el factor cultural como garantes de la formación de una subjetividad, sino de la falta de demarcación filosófica entre “esencia”, “naturaleza”, “animalidad” y “humanidad”. En este sentido, Montesinos deconstruye su planteamiento al situar lo animal sobre lo cultural; la naturaleza sobre la esencia.

En las últimas páginas, tituladas “Un intento de conclusión”, el autor alude al hedonismo, fomentado por la modernidad, como una de las causas propiciatorias de las crisis de pareja. Sin más, deseo apuntar que aunque Montesinos intenta dar pistas y tender lazos hacia toda una discusión social y filosófica en torno a la posmodernidad, la ultramodernidad y la transmodernidad, su planteamiento carece de un desarrollo mucho más amplio que permita al lector situarse adecuadamente en el terreno y en el nivel de la discusión que en la actualidad se está llevando a cabo en esta área del saber. Por tal motivo, el título del apartado da cuenta de un “intento”, es decir, de un ensayo que, esperamos, tenga mejores resultados en su próxima aspiración.

Bibliografía

Engels, Friedrich

- 1995 *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Cinar Editores, México, pp. 33-95.

Foucault, Michel

- 1996 *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, Siglo XXI Editores, México, 24ª ed.

Freud, Sigmund

- 1996 "Más allá del principio del placer", en *Obras completas III*, trad. Luis López Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 2507-2541 [1920].

Hobbes, Thomas

- 1997 *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, México.

Kristeva, Julia

- 2000 *Historias de amor*, trad. Araceli Ramos Martín, Siglo XXI Editores, México, 8ª ed.

Lacan, Jacques

- 1994 *El Seminario. Libro 4, la relación de objeto*, Paidós, Buenos Aires.

Lévi-Strauss, Claude

- 1997 *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Buenos Aires.

Cuestionamiento

Elizabeth Vivero (E.V.): Desde las primeras páginas del libro, el concepto de pareja que se trata es, sin duda, el heterosexual, por lo que pareciera que sólo a este tipo de relación afecta la idealización del amor. Si es así, ¿en qué se diferencia y qué elementos distintos aportan las parejas conformadas por personas tanto del mismo sexo como transexuales e intersexuales?

Rafael Montesinos* (R.M.): Esta crítica también la plantean Silvestre Manuel Hernández y René Barffuson, quien participó en la primera presentación del libro *El mito del amor y la crisis de pareja*, respecto a que sólo consideraba las relaciones heterosexuales. En efecto, parto de las relaciones entre hombres y mujeres, pero creo que los argumentos que tomo para discutir las relaciones amorosas, de pareja, eróticas, son aplicables al mundo homosexual.

Estoy pensando en la bandera que levantó ese movimiento desde los años sesenta, donde había una fuerte carga idealista que proponía esta relación como una relación moderna que podría superar los conflictos derivados del matrimonio heterosexual y monogámico. Las pruebas demuestran, en general, que de igual forma que las relaciones tradicionales, se reproducen casi los mismos problemas derivados de la idealización del amor, del papel que juega el dinero, del poder que una de las partes ejerce sobre la otra, de la infidelidad, como una tendencia humana sin importar cuál es su preferencia sexual. Simplemente, los crímenes pasionales propios de la comunidad gay y lésbica nos demuestran la tendencia a sentirnos propietarios de nuestros objetos del deseo, por tanto, al egoísmo propio de los humanos, así como a conflictos profundos que están más allá del ejercicio de la sexualidad.

Desde luego, transexuales e intersexuales viven de igual manera como vivimos los otros las herencias simbólicas de nuestra cultura, de tal suerte que idealizan del mismo modo al otro. Es decir, en ese mundo y en todos, como amantes, esperamos al príncipe azul o princesa; es una cuestión de la idea del amor que como individuos tenemos y la práctica que nos enfrenta a otro individuo, hombre, mujer o químera, que tiene su propia forma de pensar al respecto, y que puede coincidir o no con lo que uno piensa. En ese sentido, creo, el libro lanza provocaciones que igual pueden ser pertinentes para el mundo homosexual. Los lectores lo decidirán por ellos mismos.

E.V.: El concepto de amor que se plantea discute implícitamente con un ideal de trascendencia y eternidad, sin embargo nunca se especifica a quiénes o a qué escuela se está interpelando, ¿podría señalarse con mayor detenimiento y precisión a qué argumentos se interpela en esta discusión?

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología de la UAM-I <moca@xanum.uam.mx>.

R.M.: En realidad, no apelo a ninguna escuela filosófica, sociológica o psicológica, sino que recurro a lo vivido como observador, recuperando ese sentimiento desde una interpretación fundamentalmente sociológica, y aunque recurro a autores como Giddens, Bauman o Luhmann, intenté muy conscientemente liberarme de sus planteamientos respecto del tema del amor. En esta ocasión presento al lector un ensayo más situado en experiencias de vida de quienes han sido parte de mi objeto de estudio, así como mis propias vivencias en cuanto al tema, de tal manera que el texto y la interpretación que ofrezco se liberen de las formalidades académicas.

No es una defensa respecto a lo que también plantea Silvestre sobre la ausencia de conceptos de amor, mito, erotismo, sexualidad, pareja o familia; lo cual, quizá, me obligaría a reconocer mi adscripción intelectual a esta u otra escuela del pensamiento social. Se trata de aceptar que el tema es un “lugar común” en cuanto experiencia de vida y discurso o percepción. Estoy pensando, insisto, en un público no académico, en un público que mínimamente lee novela o cuando menos periódico, que se preocupa por estar lo mínimamente informado, que en sus pláticas de café refleja inquietudes de carácter social y, de vez en vez, le da por hacer viajes introspectivos. Hacia ese tipo de interlocutores me dirijo en particular en este libro de difusión, producto de una experiencia como investigador en el tema de relaciones de género y como parte actuante de este mundo social.

Creo que a esos interlocutores les tiene sin cuidado que no les ofrezca una definición formal del amor, ni de pareja, ni mucho menos de familia; en todo caso, quizá, el término erotismo hubiese requerido una mayor explicación, aunque aún sigo pensando lo contrario. Sea lo que fuere, me siento más influido por Elias, quien por cierto no desarrolló necesariamente el tema que hoy nos interesa, en cuanto a un enfoque sociológico que va de lo personal a lo colectivo y viceversa. Es lo que él plantea como *sicogénesis* y *sociogénesis*, y lo que yo interpreto como proceso de socialización en la complejidad implícita que corre de la cultura a la identidad.

E.V.: Si el amor termina convertido en un ente con características biológicas por cuanto de ciclo natural cumple al morir y transformarse, ¿se está entonces planteando que la infidelidad es el paradigma sobre el cual descansan las relaciones posmodernas? En todo caso, ¿se asume así una falta de compromiso “natural” del ser humano?

R.M.: Desgraciadamente, no estoy considerando una concepción ética respecto del amor; este trabajo plantea la desidealización del amor, al mismo tiempo que entrelíneas se podría leer *la desidealización de la naturaleza humana*. Por decirlo de manera más tajante, creo en la propuesta de Hobbes, en la cual se reconoce que la naturaleza humana es una naturaleza animal y, por tanto, violenta. Comparto el planteamiento de Freud, quien, creo, leyó a Hobbes, y sin confesarlo es el origen de su planteamiento en *El malestar en*

la cultura, que me ha marcado muy visiblemente en la forma como construyo mis interpretaciones sobre las relaciones entre los géneros.

Segundo, la posmodernidad, en una de sus tantas posibles interpretaciones, apunta a la crisis del individuo –lo proyecta como una entidad egoísta–, a la crisis de la familia, a la crisis de la sociedad en general. En esa lógica, desde luego tendremos que reconocer la crisis del matrimonio monogámico, que es una de las hipótesis que están intrínsecamente inscritas en mi ensayo sobre el mito del amor y la crisis de la pareja. Y, si no lo digo de forma directa, aprovecho para agregar algo más en este inicial ensayo que seguramente no va a ser el único: creo que la tendencia de la posmodernidad es lo heterogámico. En estos tiempos de principio de siglo, pesa sobremanera en los individuos reflexivos la quimera de la libertad, una libertad que tenderá a la anarquía, y en el terreno de la sexualidad tendrá que expresarse mediante el fin de las parejas monogámicas. Por lo cual, considero que en eso se encuentra el mundo occidental (idealizado), y tendremos que inventarnos o resignificar una nueva forma de definir el concepto del amor, y algunas cosas que de ello deriven.

Silvestre Manuel Hernández (S.M.H.): En el desglose presentado, donde todo parece reducirse al poder que se detente, ya sea que uno se sepa objeto de amor o deseo de otro(a), que alguien posea un capital cultural y simbólico superior a otro(a), o que se disponga de mayores recursos económicos respecto a otro(a), ¿dónde queda la ética, concretamente en su acepción deontológica, cuando se problematiza el “amor”, el “erotismo”, la “sexualidad”, la “crisis de pareja”?, o ¿resulta inapropiado para la sociología y la antropología preguntar por el valor de los postulados de esta disciplina en un contexto donde priva la “moralidad” o “doble moral”, según se posicione uno en lo genérico?

R.M.: ¡Justo en el clavo! Se trata de un punto donde la sociedad vive y reconoce una tremenda crisis de valores, instituciones, etcétera. El desencanto que presume la posmodernidad es el reconocimiento de esta crisis profunda que se perdió en el discurso filosófico de la sociedad occidental. Ya se conoció bastante la “doble moral”, pero en el terreno del amor y de las relaciones de pareja, definitivamente, se va dando paso al reconocimiento social de que la vida de hoy se construye en la práctica cotidiana, por una práctica que se contradice con un discurso, para decirlo de manera general, del *deber ser*. En mi opinión, esa carga subjetiva pretende convencernos de que es objetiva, mínimamente racional, y aparece como una “doble moral” que va desde la religión hasta la política.

Hoy, el poder es más visible por cuanto se ejerce desde una posición económica, y no necesariamente se trata de una mayor capacidad reflexiva de los seres humanos, sino del efecto que tiene la profunda crisis económica que vive el mundo y el impacto que ello tiene en la materialidad y subjetividad de los individuos. Las necesidades fundamentales afloran con mayor fuerza ante la incapacidad del consumo, de lo suntuario y

lo cultural. El pragmatismo arrolla a la sociedad formada por individuos cada vez más preocupados por lo básico, por comer, por sobrevivir; a la mayoría de las sociedades, como la mexicana, no le importa adquirir más capital cultural, hacer construcciones elevadas sobre el ser o la vida misma, sino que se preocupa por subsistir lo mejor posible. Desde la frialdad de mi interpretación, ello impacta en la concepción del amor y de su práctica.

S.M.H.: Si bien la cultura mediática determina, en parte, el comportamiento de los individuos, y sus referentes se “estatuyen” con base en estereotipos, ¿qué tanto peso tiene la cultura genérica para cambiar los esquemas ancestrales de “ver al(a) otro(a)” a través de pseudoconceptos o idealizaciones como el amor, el sexo y el erotismo?

R.M.: Comparto la idea de que el mundo occidental vive un cambio extremadamente dinámico; la ruina del mito de la democracia es cada vez más evidente. Sin embargo, la sociedad reacciona lentamente, como si no pudiera recuperarse de la incertidumbre provocada por los cambios de las últimas décadas. En esa lógica, no es posible pensar que los medios de comunicación serán la varita mágica con la que se impulse un *nuevo contrato social* que nos libre de esa “doble moral” de las élites, que nos venza por completo la incapacidad del mercado para abrir posibilidades de consumo; se trata de una respuesta que todavía tendrá que probar nuevas fórmulas para concretar un cambio social que apenas comienza. La historia lo demuestra en ese largo proceso de cambio de los sistemas monárquicos a la democracia; no fue una transformación que pudiéramos situar en un punto preciso del tiempo, se trata de la cultura y, por tanto, de un cambio que tardará muchos años.

Los medios de comunicación, desde luego, son reflejo de esa transformación, pero también de las propias contradicciones que viven las diferentes sociedades. En ellos presenciamos cómo las sociedades se proyectan a sí mismas, se idealizan, se autocritican, pero eso es todo, como parte de la cultura que son. Para decirlo de otra forma, los medios de comunicación son una de las principales puntas de lanza de la modernidad.